

Calvo, Javier (2016). *El fantasma en el libro. La vida en un mundo de traducciones*. Barcelona: Seix Barral, 189 pp.

Beatriz Gómez-Pablos

gomezpablos@fedu.uniba.sk
Universidad Comenius de Bratislava

Javier Calvo, conocido traductor del inglés al español (David Foster Wallace, J. M. Coetzee, Don DeLillo, Joan Didion, Salman Rushdie, Zadie Smith, Peter Mattiessen, Denis Johnson), es además autor de varias novelas. En esta obra Calvo presenta algunas de sus ideas acerca de la traducción. Uno de los temas principales de la obra es la invisibilidad del traductor. Así se expresa el autor en la introducción: «Aspiramos a desaparecer. Nuestra escritura es la única que intenta que nadie se fije en ella, que quiere ser literalmente invisible, algo en lo que la mente no se detenga en absoluto. Nuestro ideal es que nuestra traducción se lea *como si no fuera una traducción*» (p. 8). De ahí la imagen del traductor como fantasma en el libro. Javier Calvo da algunas pinceladas sobre los temas que desarrollará más tarde: la omnipresencia de la traducción (no solo literaria), los criterios necesarios para valorar la calidad de una traducción, el factor económico, etc. Con gran acierto afirma que los críticos normalmente no se leen la versión original y la traducida para sacar conclusiones sobre la calidad de la última, y cuestiona así el valor de sus juicios. De modo lapidario afirma que «no existe una traducción *correcta ni incorrecta*, dado que traducir no es un problema matemático» (p. 14). Sobre la imposibilidad de traducciones incorrectas, sin duda, caben muchas opiniones. Calvo defiende que la traducción no se aprende en la universidad y que la «única escuela es la práctica» (p. 15).

La primera parte del libro consta de tres capítulos, en los que sin pretender hacer una historia de la traducción literaria ofrece algunos apuntes de modo «subjetivo e incompleto», como dice el propio autor. Conviene reproducir el resumen que hace en el primer capítulo: «La traducción empezó siendo un oficio de príncipes y sabios, que la usaron a menudo para cambiar la Historia. Después estuvo en manos de los poetas y fue una modalidad de creación literaria que dio forma al canon de Occidente. A medida que se democratizaba, sin embargo, la traducción se fue volviendo una especie de profesión liberal de segunda fila, desligada de la creación literaria» (p. 21). Calvo se detiene en la historia de la Septuaginta, versión al griego de la Biblia judía y en las traducciones latinas de la Biblia y del pensamiento griego, donde resalta las figuras de Cicerón y san Jerónimo. A toda esta etapa la llama la Edad Heroica. Para Calvo, en la Edad Media las traducciones disminuyen y la vida cultural queda restringida a los monasterios; es entonces cuando nacen las lenguas vernáculas y comienzan a crearse las identidades nacionales. En el segundo capítulo, «Un monte en Darién», narra una anécdota sobre una poesía que John Keats dedica a la traducción de Homero realizada por su amigo Chapman. Aunque el salto temporal parece dejar de lado varios siglos, la historia de Keats le sirve para comentar que desde el Renacimiento hasta el siglo

XIX el traductor consideraba que su tarea consistía en corregir los textos originales y mejorarlos. No «les importaba traducir de lenguas que apenas conocían o de otras traducciones» (p. 41). Calvo afirma que el debate sobre la fidelidad o infidelidad siempre ha estado abierto, aunque afectaba menos a la traducción literaria que a la de textos religiosos. Comenta con cierto detenimiento la postura de Borges respecto a la traducción literal y la traducción libre, de la que el autor argentino es más partidario, y señala que existe una zona gris entre ambas, donde caben adaptaciones, versiones, interpretaciones, obras inspiradas en otras, plagios, imitaciones, variaciones, etc. Esa «libertad» que reina aun en el siglo XIX a la hora de traducir, apunta, ira diluyéndose de modo que «el respeto al original se extendería del ámbito científico y académico al literario, y el traductor acabaría pasando a ser una figura más técnica» (p. 48). Esto no impidió que en el siglo XX se diesen aun algunas traducciones creativas (véase por ejemplo, *Las palmeras salvajes* de Faulkner, vertida al castellano por Jorge Luis Borges) o que la actividad de traducir diese pie a versiones que se acercaban más a textos independientes que a traducciones (Javier Calvo trae a colación algunos poemas de Luis Cernuda y Jorge Guillén). El autor analiza también el fenómeno de la autotraducción y describe el caso de Vladimir Nabokov, que al verter sus obras del inglés al ruso las modifica notablemente. «Cada vez que se autotraduce, Nabokov reescribe y añade tanto como le parece» (p. 63). Otro ejemplo de autotraducción que describe es el de Samuel Beckett, esta vez del inglés al francés, donde las modificaciones (añade, quita, cambia el estilo) hace que se consideren casi dos textos diferentes. El último ejemplo que menciona es el de Flavia Company. Se cierra esta primera parte con un capítulo sobre los excesos y culpas de los traductores titulado «El fantasma maleducado». Calvo comienza con una confirmación: «Desconfiar del traductor es una actitud antiquísima y universal» (p. 72). Se desconfía porque se pone en duda la viabilidad de una traducción (empresa utópica *per se*) o porque el traductor traduce según le conviene, haciendo trampas cuando lo considera necesario. Nuestro autor menciona en este contexto la legendaria traducción de Nabokov de la obra de Pushkin, *Eugenio Onegin*, que califica como «el insulto más grande que se haya podido urdir contra nuestra profesión» (p. 76). Calvo comenta tres casos de agresión a raíz de una traducción, la de *Los versos satánicos* de Salman Rushdie, y dos casos anteriores en el tiempo: el de John Wycliffe y el de William Tyndale. Continúa hablando después de aquellos que «embellecieron» o «quisieron mejorar» el original, como John Dryden al traducir la *Eneida*, Antoine Houdar de La Motte al verter al francés la *Iliada* y Pierre-Antoine de La Place al traducir algunas obras teatrales de Shakespeare. Estas últimas sirvieron para que Ducis, desconocedor del inglés, hiciera unas adaptaciones que se hicieron muy populares, pero que desvirtuaban por completo el original. «La gama de añadidos innecesarios abarca toda clase de explicaciones entre paréntesis y acotaciones que, si uno conoce la obra de Shakespeare, resultan casi surrealistas» (p. 87). Calvo describe otras traducciones más cercanas en el tiempo que también implican una traición, las de los Clásicos Penguin. Antes de terminar este capítulo, nuestro autor dedica algunas páginas al tema de la censura (política, religiosa o social), que por lo general también

implica traición en cuanto que conlleva modificaciones y supresiones. Pormenoriza algunos aspectos de la censura franquista y ofrece los testimonios de algunos traductores (Manuel Serrat Crespo, Beatriz de Moura, Francisco Torres Oliver). Por último cita algunas obras que se hicieron pasar por traducciones, pero que no lo eran. Fenómeno realmente curioso.

La segunda parte del libro, «Hoy y mañana», habla entre otras cosas de las circunstancias que influyen en los libros traducidos, de la precarización de las condiciones de trabajo, la desprofesionalización creciente del sector. En el primer capítulo Calvo describe algunos fenómenos de los últimos años, como puede ser el predominio absoluto del inglés que hace que «aproximadamente un setenta y cinco por ciento de las traducciones que se llevan a cabo actualmente en el mundo son del inglés» (p. 108), mientras que al revés la cifra solo alcanza apenas el cinco por ciento, produciéndose así una desproporción notable. En este contexto alude al «imperialismo cultural» y explica que se basa, entre otras cosas, en una razón comercial: el montaje del marketing. Señala que traducir del inglés conlleva, por un lado, introducir gran número de anglicismos y, por otro, la globalización del inglés. Sin embargo, también constata que en las primeras listas de autores más vendidos hay también suecos, italianos, franceses y autores de otras nacionalidades. En este mismo capítulo analiza la evolución de la traducción literaria en España: si a principios del siglo XX los traductores eran escritores de gran talla, que viajaron y estuvieron en contacto con otras culturas, después de la guerra civil cambió la situación, aunque la traducción indirecta a través de otros idiomas continuó practicándose hasta finales de los sesenta. Con cierto tono pesimista afirma: «la de los setenta y ochenta es básicamente la última generación de traductores que ha habido en España [...]. Después de esa generación, todo fue a peor en el mundo de la traducción literaria en España» (pp. 120-121), pues empieza a dominar el principio de eficiencia sobre el valor literario. La traducción obedece entonces a intereses económicos, se rebajan las tarifas, se presiona en el tiempo de la entrega, etc. todo ello en detrimento de la calidad. En el siguiente capítulo retoma el tema del tiempo, relacionándolo con la traducción de noticias para las grandes agencias informativas, y de muchas de sus consecuencias. El autor continúa hablando también del español de las traducciones, un español artificial, que elimina giros y marcas locales, tendencia que Calvo critica. Contrasta la actividad traductora en el continente americano y en España en el siglo XX y diserta sobre la falta de aceptación mutua por ambas partes. Sorprende un poco que hable del «idioma de Hispanoamérica» (p. 135), cuando esa unidad no es real, y también que no mencione una de las razones principales de traducir a un español «neutro», a saber, llegar a un mercado más amplio. También omite hablar sobre el monopolio de las grandes editoriales y el papel de las distribuidoras, etc. que son a su vez razones puramente comerciales.

El último capítulo, «Harry Potter, traductor» describe varios fenómenos: la traducción para el cine, la traducción automática y la fantraducción. Respecto a la segunda el autor sentencia: «En su búsqueda frenética de alternativas baratas y rápidas a la traducción profesional, ya han ideado y puesto en práctica varios sistemas para

dejarnos sin trabajo» (p. 160); afirmación quizás un poco tremendista. Calvo define la fantraducción como la realizada por fans que no esperan a la publicación de la traducción oficial y se adelantan. A modo de ejemplo nombra la subtitulación de animes japoneses, la traducción de Harry Potter a diversos idiomas y otras obras más. Pero concluye que estas traducciones no se pueden comparar con las realizadas por los profesionales.

El libro de Calvo presenta muchos aspectos interesantes de la traducción y una versión muy personal de su historia y de su actualidad. Se lee con interés, aunque a veces el autor salte de un tema a otro sin más preámbulo y se haga necesario retomar la idea anterior. Pero sin lugar a dudas, *El fantasma en el libro* es una obra sugestiva, que abre al lector una nueva panorámica sobre el mundo de la traducción.